



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: Tramas de la comunicología crítica en América Latina: orígenes y contextos de Comunicación y Cultura

Autor: Badenes, Daniel

Forma sugerida de citar: Badenes, D. (2021). Tramas de la comunicología crítica en América Latina: orígenes y contextos de Comunicación y Cultura. En L. I. Weinberg (Ed.), *Redes intelectuales y redes textuales: formas y prácticas de la sociabilidad letrada* (521-548). Instituto Panamericano de Geografía e Historia; Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

Redes intelectuales y redes textuales : formas y prácticas de la sociabilidad letrada

Diseño de portada, composición y formación: Irma Martínez Hidalgo

Cuidado editorial: Michelle Trujillo Cruz y Lucía Pi Cholula

Diseño de la imagen en portada: Carolina Magis Weinberg

ISBN: 978-607-30-5274-0

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

TRAMAS DE LA COMUNICOLOGÍA CRÍTICA
EN AMÉRICA LATINA: ORÍGENES Y CONTEXTOS
DE *COMUNICACIÓN Y CULTURA*

Daniel BADENES*

La revista *Comunicación y Cultura*, fundada por Armand Mattelart, Hugo Assmann y Héctor Schmucler en 1973, constituye un material clave para recorrer los debates político-académicos en torno a la comunicación en América Latina durante la década del setenta y su revisión en los primeros ochenta. Lo es por su evidente vinculación con los contextos en los que se produjo: cambiantes coyunturas que van de los procesos de liberación que la vieron nacer hasta las dictaduras que *la exiliaron* dos veces y le plantearon una nueva agenda: la reflexión sobre el ocaso de esos proyectos de transformación y el desafío, luego, de “construir la democracia”. Lo es también por las trayectorias de quienes la impulsaron: editores, traductores, “pasadores culturales”, según una expresión utilizada para definir a Mattelart (Zarowsky, 2011), tejedores de redes antes, durante y después de *Comunicación y Cultura* (de aquí en adelante, CyC).

Como afirma Víctor Lenarduzzi en un trabajo centrado en las ideas de CyC, fue “una de las publicaciones pioneras en el intento de formular un marco conceptual crítico para comprender y estudiar la problemática de la comunicación” (1998: 17). No lo hizo con el alcance masivo de *Crisis* (Argentina, 1973-1976), que también recogió los incipientes debates sobre la economía política de la comunicación en América Latina¹ y dio

* Profesor-investigador de la Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

¹ En sus tres primeros números (mayo, junio y julio de 1973) salió una serie de artículos de Heriberto Muraro con el título “La manija”, que analizaba la propiedad y las relaciones económicas de los medios en América Latina. Muraro recogía datos y análisis que circularon en un Seminario realizado en San José de Costa Rica en 1972 al que me referiré más adelante.

cuenta de alternativas de la comunicación popular, aunque fue más que una revista estrictamente académica como *Chasqui* —la publicación del Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicaciones para América Latina (CIESPAL), que tuvo su primera época entre 1972 y 1978— o *Lenguajes* —órgano de la Asociación Argentina de Semiótica, conducida por Eliseo Verón, con la que tuvo un fuerte debate sobre la relación ciencia/política. Particularmente en su primera etapa, sobre la que enfocaremos este trabajo, estuvo en el centro de la arena política: es imposible pensar el entramado de sus redes sin atender a los proyectos políticos de los que quiso ser, gramscianamente, una expresión *orgánica*.

Si hubiera que trazar una genealogía, pues, podríamos decir que *Comunicación y Cultura* es descendiente de *Cuadernos de la Realidad Nacional* (1969-1973), la publicación del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) del que Mattelart fue parte fundamental, y de la revista *Los Libros* (1971-1976), creada y dirigida inicialmente por Schmucler, que con un formato bibliográfico ya había incursionado en la reflexión sobre los procesos políticos latinoamericanos.²

En su planteamiento inicial, *CyC* se definía como *orgánica* a los proyectos de liberación del subcontinente, en términos que tomaba de los apuntes de Antonio Gramsci sobre los intelectuales escritos cuatro décadas antes: “las revistas son por sí mismas estériles si no llegan a ser la

² El proyecto de *Los Libros* surgió reconociendo una vacante en relación con publicaciones que intervinieran en el mercado editorial y en el debate cultural a partir de la reseña de libros de literatura, filosofía, psicoanálisis, sociología, antropología, lingüística, comunicación, marxismo, existencialismo, estructuralismo. Vendía alrededor de 3 000 ejemplares. Schmucler fue el único director en la primera etapa, entre el número 1 (julio de 1969) y el 22 (septiembre de 1971). Hasta el número 21 (agosto de 1971) se publicó bajo el sello de la Editorial Galerna, de Guillermo Schavelzon, que figuraba como el editor responsable. Suele mencionarse esa fecha como el inicio de una nueva etapa no sólo por el cambio de patrocinador, sino porque el editorial de agosto refería a una transformación del proyecto, que pasaría a dedicarse también a los “hechos históricos sociales” locales y latinoamericanos contemporáneos y no sólo a los “textos que ofrece la escritura”, aunque ciertamente ese enfoque venía procesándose desde antes. Todavía en su etapa inicial —editada por Galerna, con Schmucler como único director— esa revista publicó el número doble 15/16 (enero-febrero de 1971) dedicado al proceso político chileno tras el triunfo de la Unidad Popular, al que le siguieron ediciones abocadas a la situación de Bolivia (número 19), Cuba (número 20) y Perú (número 21). Con el tiempo, los hechos históricos y sociales jaquearon al grupo editor. A mediados de 1972, una discrepancia sobre el Gran Acuerdo Nacional promovido por la dictadura de Lanusse provocó el alejamiento de Schmucler. Quedaron al frente de la revista Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia, quien se alejaría a principios del 75, cuando surgieron nuevas diferencias, esta vez en la caracterización del gobierno de Isabel Perón.

fuerza motriz y formadora de instituciones culturales de tipo asociativo de masa”. CyC citaba al italiano en un primer editorial redactado “al unísono” (A. Mattelart, comunicación personal, 9 de julio de 2018) por los tres directores-fundadores, donde además se leía:

La función que se propone cumplir *Comunicación y Cultura* es la de establecerse como órgano de vinculación y de expresión de las diversas experiencias que se están gestando en los países latinoamericanos, en el campo de la comunicación masiva. Evidentemente, no se trata de asumir cualquier experiencia, sino las que favorecen a los procesos de liberación total de nuestras sociedades dependientes. Esta norma de prioridad política será la línea de demarcación que trazará la revista para recoger sus temáticas, sus centros de interés, sus lectores y sus colaboradores (*Comunicación y Cultura*, 1973: 3).

Durante toda la década, el subtítulo de la revista fue *La comunicación masiva en el proceso político latinoamericano*. Como ha señalado Lenarduzzi, la noción de “comunicación masiva” provenía del funcionalismo norteamericano —a diferencia, por ejemplo, del concepto frankfurtiano de “industria cultural”—; sin embargo, puesta junto a la de “proceso político” tomó “una significación diferente a la habitual”, atravesada por nuevas dimensiones (Lenarduzzi, 1998: 25-26). En sus investigaciones y debates académico-políticos sobre los medios, la educación y las tecnologías, CyC combinó aportes de la semiología francesa, distintas vertientes del marxismo y la perspectiva latinoamericana de la teoría de la dependencia. Ideología, imperialismo y cultura popular son algunos de los conceptos claves que recorren la revista y trazan una historia del pensamiento crítico de la comunicación en América Latina, que por supuesto no es lineal, ni está exenta de contradicciones e interrupciones.

De hecho, como definió Mattelart entrevistado por Fernanda Beigel, la trayectoria de la revista es “una metáfora del nomadismo forzado de tantos investigadores que laboraban en América Latina” (Beigel, 2011: 289). El primer número salió en Santiago de Chile poco antes del golpe de Estado. Llegó a tener una reimpresión que fue destruida por la dictadura de Pinochet. Se trasladó entonces a Buenos Aires —donde estaba uno de sus directores fundadores— bajo la responsabilidad de Editorial Galerna. Allí se reimprimió el número 1 y se editaron los siguientes, hasta el número 4 (1975), con tiradas que variaron entre los 3 000 y los 5 000 ejemplares. En 1976 la instauración de otra dictadura en Argentina forzó también el exilio de Schmucler, quien se reencontró con Mattelart

en México, donde retomaron la edición después una interrupción significativa.

La etapa mexicana de *CyC* tuvo dos subetapas: 1978-1979 (números 5 y 6) y 1982-1985 (7 a 14). En la primera de ellas, la revista salió bajo el paraguas de Nueva Imagen, un emprendimiento del argentino Guillermo Schavelzon asociado con el escritor y librero mexicano Sealtiel Alatríste. Schmucler solía nombrar a esta editorial como “la Galerna exiliada”. Schavelzon había sido editor de *Los Libros* y fundador de Galerna, la empresa que acogió en Buenos Aires a *CyC* en el primer exilio de la revista. Finalmente, la última subetapa se desarrolla con el apoyo de la Universidad Autónoma Metropolitana-Sede Xochimilco (UAM-X), que había acogido a Schmucler en su plantel docente.

En las siguientes páginas nos concentraremos en los orígenes y la primera etapa, a la que hemos denominado *conosureña*. Entre las distintas dimensiones que se pueden analizar de una revista, me enfocaré en las trayectorias de sus productores y los procesos sociales que fueron contexto y texto de la revista. Este ejercicio supone pensar la revista como un sujeto cultural o intelectual colectivo (Tarcus, 2020: 63-64), al que arribamos al construir una historia intelectual de la comunicación popular y de los enfoques críticos sobre la comunicación masiva. En la misma línea, podría decirse que encontramos en *CyC* un *nodo* o punto de condensación (2020: 80) de redes de ese ámbito, que habían empezado a manifestarse pocos años antes, y que tuvieron la singularidad de entrecruzar —productivamente— experiencias cristianas, corrientes marxistas y proyectos nacional-populares.

ENTRE EL NOMADISMO ACADÉMICO Y EL EXILIO

Ese entrecruzamiento de matrices de pensamiento y la trama de relaciones que tuvo *CyC* desde un inicio se explica, en buena medida, por los itinerarios de los tres directores-fundadores. Reparemos brevemente en quiénes eran Mattelart, Assmann y Schmucler en 1973.

Armand Mattelart (Bélgica, 1936) estudió leyes en la Universidad de Lovaina y demografía en la Universidad de París, en un instituto recién fundado por Alfred Sauvy, uno de los teóricos del concepto de *tercer mundo*. Había llegado a América Latina en 1962 en el marco de las redes jesuitas que había construido desde temprana edad (Mattelart, 2014: 35-37). Arribaba en pleno proceso de modernización de las ciencias sociales y se convertiría en “una figura destacada y reconocida por su papel en la

emergencia de los estudios de comunicación en América Latina” (Zarowsky, 2011: 15). En uno de los primeros cursos que dictó en Chile tuvo como estudiante a Andrés Pascal Allende, sobrino de Salvador Allende y uno de los fundadores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), con quien desarrollaría una amistad personal. En esos años, más allá de su pasaporte belga, adquirió nacionalidad chilena o latinoamericana: casi todos los trabajos de sus primeros once años de vida profesional —de la demografía a los estudios sobre comunicación— están escritos en español.

Incentivado por el movimiento reformista en las universidades —que confrontó con el tradicional diario *El Mercurio*— realizó junto a su esposa Michèle Mattelart y a la argentina Mabel Piccini una de las primeras investigaciones sobre medios: *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile* (Mattelart, Mattelart y Piccini, 1970). También publicado en 1970, Mattelart escribió junto a Carmen Castillo y Leonardo Castillo *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente* (Mattelart, Castillo y Castillo, 1970).³ Influidos por Barthes, ambos trabajos proponían abordajes semiológicos, a los que Mattelart pensaba en relación con los estudios que Eliseo Verón realizaba en Argentina, aunque a su vez buscaba una articulación con la tradición marxista, dando por resultado un marco diferente al de los semiólogos que trabajaban del otro lado de la cordillera de los Andes.

En la Pontificia Universidad Católica de Chile donde trabajaban, una de las consecuencias de las movilizaciones estudiantiles en pos de una Reforma fue la fundación del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), del cual los Mattelart fueron parte junto a varios referentes del pensamiento dependentista: los brasileños Vania Bambilra, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y Fernando Henrique Cardoso, así como los alemanes Franz Hinkelammert y André Gunder Frank. La creación de ese CEREN había sido una iniciativa de miembros del Instituto de Sociología que estaban vinculados al Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA) y que en 1968 propusieron al rector una unidad académica que desarrollara “una formación amplia, humanista

³ La autoría de este último trabajo es otro indicio de los vínculos estrechos de Mattelart con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Carmen Castillo era la esposa de Andrés Pascal Allende. Según Allende (entrevistado por Zarowsky), Mattelart era un “interlocutor intelectual” y un “ayudista práctico” de la organización. Y tuvo una influencia decisiva en la creación y orientación de un grupo del MIR que hacía seguimiento de medios, en el que participaron entre otros Carmen Castillo y Patricio Biedma (Zarowsky, 2011: 104-105).

y participativa, a través de un programa interdisciplinario, dedicado a la docencia y a la investigación de la realidad nacional”, de acuerdo con los objetivos de la reforma universitaria (Rivera Aravena, 2015: 350). Una de sus tres grandes áreas de estudio,⁴ referida a temas de cultura, ideología y comunicación, fue integrada por Armand y Michèle Mattelart, Mabel Piccini y otros. También se sumó al centro Patricio Biedma, un argentino exiliado en 1966 que se convertiría en uno de los líderes del MIR, a quien encontramos entre los primeros autores que publicaron en *CyC*. A fines de 1971, el sello Prensa Latinoamericana (PLA) sacó la primera edición de *Comunicación masiva y revolución socialista*, un libro pionero para pensar la comunicación popular y liberadora (Badenes, 2020) donde convergían aportes de Armand Mattelart, Patricio Biedma y Santiago Funes.⁵ También argentino, este último había sido secretario de redacción de *Los Libros* hasta el número 15-16. Más tarde, desde el número 22, reaparecería en el *staff* de esta revista como corresponsal en Chile, sumándose a la tarea que ya realizaba Piccini.

En esa época, existía en Chile “un ecosistema intelectual cosmopolita” similar al que se producirá en México en la segunda mitad de los setenta. “Había una comunidad crítica de especialistas chilenos en ciencias humanas y sociales, con la cual se mezclaba un número importante de exiliados latinoamericanos que tuvieron que emigrar de sus países como consecuencia de la existencia de regímenes autoritarios. Brasileños, argentinos, centroamericanos y bolivianos, sobre todo” (Mattelart, 2014: 98).

Otro de esos exiliados era el teólogo brasileño Hugo Assmann (Venâncio Aires, Brasil, 1933), quien había participado en la Conferencia Episcopal que reunió a ciento treinta obispos en Medellín en agosto de 1968 y que señala un hito progresista en la historia de la Iglesia católica latinoamericana, en línea con el Concilio Vaticano II. Tras ese encuentro, el Acta Institucional núm. 5 de la dictadura brasileña forzó su salida del país, primero a Alemania (invitado por jesuitas a dictar un curso sobre teología latinoamericana en Münster, entre 1969 y 1970), luego a Uruguay

⁴ Una buena reconstrucción del organigrama del Centro de Estudios para el período de 1970-1973 se encuentra en el trabajo de Carla Rivera Aravena (2015: 354).

⁵ El primero y más extenso de esos trabajos correspondía a Mattelart. Titledo “Comunicación y cultura de masas”, recuperaba un conjunto de análisis que habían sido esbozados en artículos previos publicados en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, *Los Libros*, *Cine Cubano* y *Pensamiento Crítico*. Su preocupación era cómo “poner el aparato de comunicación al servicio de la creación y de la vivencia de otra racionalidad, de otra cultura”; o en otras palabras, “la envergadura que debe cobrar una política revolucionaria de comunicación” (Mattelart, 1971: 13, 46).

(incorporándose durante 1970 al Centro Fabro conducido por Juan Luis Segundo) y a Bolivia (invitado como teólogo e investigador en Oruro por los padres oblatos, la misma orden que había fundado la mítica radio Pío XII en el pueblo minero Siglo XX). Por esos años ya estaba en proceso de elaboración la *teología de la liberación*, que en 1971 tuvo sus primeras expresiones editoriales: los libros *Teología de la liberación: Perspectivas*, del peruano Gustavo Gutiérrez, y *Opresión-liberación. Desafío a los cristianos*, de Assmann.⁶ El golpe de Banzer provocó un nuevo exilio, esta vez a Chile, donde trabajó como responsable del Departamento de Estudios de la organización ecuménica ISAL (Iglesia y Sociedad en América Latina) y se sumó además al CEREN y a los *Cuadernos de Realidad Nacional*.⁷

Del otro lado de la cordillera miraba con atención el proceso chileno el director de la revista *Los Libros*, Héctor Schmucler (Hasenkamp-Entre Ríos, Argentina, 1931). Tras su graduación en la Licenciatura en Letras de la Universidad de Córdoba, Schmucler se había formado en Francia entre 1966 y 1969 bajo la dirección de Roland Barthes. Allí conoció a Julio Cortázar, las movilizaciones estudiantiles, la semiología estructuralista y *La Quinzaine Littéraire*, la revista en la que inspiró el proyecto de *Los Libros*. Es interesante notar que no publicó ningún libro propio sino hasta 1983, en coautoría con Armand Mattelart (*América Latina en la encrucijada telemática*). Fue un gran hacedor de revistas,⁸ prologuista y editor.

Desde principios de 1970 formaba parte de Ediciones Signos, cuyos principales referentes eran Enrique Tándeter y Juan Carlos Garavaglia, y donde participaron varios gramscianos cordobeses —entre ellos, Santiago

⁶ Assmann fue uno de los asistentes al primer encuentro de Teología de la Liberación, realizado en El Escorial (Madrid) en julio de 1972, donde confluyeron estudiosos de América Latina y Europa, entre ellos Gustavo Gutiérrez, Enrique Dussel y Juan Carlos Scannone.

⁷ En Chile reelaboró su libro y lo publicó con el título *Teología desde la praxis de la liberación*. Fue asesor teológico del movimiento Cristianos por el socialismo. Tras el derrocamiento de Allende, se instaló en Costa Rica donde formó junto a Franz Hinkelammert el Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI). Regresó a Brasil en los ochenta y fue profesor titular de Filosofía de la educación y la comunicación en la Universidad Metodista de Piracicaba.

⁸ Entre 1958-1959 Schmucler había dirigido junto a Laura Devetach, Gustavo Roldán, Raúl Dorra y Luis Mario Schneider la primera etapa de la revista *Trabajo*, realizada por el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de Córdoba (Carman, 2015: 654). Le siguieron *Pasado y Presente* (1963-1965), *Los Libros* (1969-1972) y *Comunicación y Cultura* (1973-1985). También formó parte de la revista *Controversia* (1979-1981), en un periodo que coincide con una interrupción de *Comunicación y Cultura*, y finalmente las universitarias *Estudios* (1993-) y *Artefacto* (1996-).

Funes. Según detalla García (2011), este sello funcionó entre principios de 1970 y mediados de 1971 y llegó a publicar casi veinte libros de ciencias sociales, literatura y política, entre ellos el libro de Mattelart, Castillo y Castillo (1970).⁹ Desapareció al integrarse a Siglo Veintiuno Argentina, la editorial que surgió a partir de la fusión de tres actores ya existentes en el mundo editorial: la sucursal de la mexicana Siglo Veintiuno,¹⁰ que se había instalado en el país en 1966, los *Cuadernos de Pasado y Presente* impulsados desde 1968 por el grupo cordobés encabezado por José Aricó, y la emergente Ediciones Signos. Schmucler desarrolló la colección *Comunicación de Masas*, donde se publicarían tres libros de Mattelart entre 1972 y 1973.

Los avisos de Siglo Veintiuno Argentina Editores, con el lema “Signos para un mundo que se piensa”, salieron periódicamente en *Los Libros* desde agosto de 1971, reemplazando los que antes publicaban Signos y Siglo Veintiuno Editores (México).¹¹

Los Libros era heredera de *Pasado y Presente* (1963-1965), una publicación que fue clave para la renovación teórica y cultural del marxismo en la Argentina, que planteó una serie de interrogantes sobre el peronismo como movimiento revolucionario en potencia y la búsqueda de una izquierda que contemple lo nacional y popular. Schmucler fue secretario de redacción de aquel proyecto de los gramscianos cordobeses. Autores como De Diego (2015) han trazado una línea que une *Pasado y Presente*,

⁹ Según García, Mattelart llegó a Signos por recomendación de Carlos Sempat Assadourian, el marido de Mabel Piccini, un antiguo miembro del consejo de redacción de la revista *Pasado y Presente*. “Buscaba la impresión urgente del libro –un estudio crítico sobre la prensa chilena; su intención era que circulara antes de la asunción de Allende a la presidencia, prevista para fines de ese año. La publicación del libro, financiada por sus autores, está marcada por el ritmo y los apremios de la política. A partir de allí se establece un vínculo estrecho entre Mattelart y Schmucler que derivará en varios proyectos compartidos...” (García, 2011: 154). Esa relación también se dio en la preparación del número especial de *Los Libros* sobre Chile, a la que Mattelart aportó un artículo sobre los medios de comunicación.

¹⁰ Siglo Veintiuno es el sello que fundó el argentino Arnaldo Orfila Reynal cuando fue expulsado de la editorial del Estado mexicano (Fondo de Cultura Económica) tras el ascenso al poder del ala más conservadora del PRI en 1964. Rápidamente constituyó una editorial fundamental para las ciencias sociales y humanas, que editó a casi todos los referentes de la teoría de la dependencia (Sorá, 2017).

¹¹ Signos había publicado avisos de enero a mayo de 1971. El domicilio de la editorial, Viamonte 1536, desde agosto era indicada al pie de las publicidades de Siglo Veintiuno Argentina (que también detallaba una dirección de Ventas, Tacuarí 1271, que correspondía a la vieja filial de Siglo Veintiuno México). La aparición de Siglo Veintiuno Argentina coincide con la salida de Schavelzon y Galerna de la revista.

Controversia y Punto de Vista. Aquí reconocemos otra ramificación del árbol genealógico, que implica sucesivas lecturas de la obra de Gramsci: la que va de *Pasado y Presente* a *Los Libros* y luego a *CyC*, y nos obliga a pensar otras redes intelectuales que atravesaban América Latina y que en la experiencia que nos convoca, al menos inicialmente, tuvieron su epicentro en el Chile de la Unidad Popular.

MONTEVIDEO, 1971

En 1971 el educador y comunicador popular Mario Kaplún¹² organizó en Montevideo un encuentro que puede pensarse como la puntada inicial de una red de intelectuales críticos que intervenían en el campo de la comunicación. Salvo los testimonios de algunos participantes (como Kaplún, 1993; Mattelart, 2014) no se conocen registros de aquella reunión. Es difícil confirmar si el encuentro se llamó, como recuerda su gestor, *Coloquio Latinoamericano sobre Comunicación Popular* (Kaplún, 1993: 139). Sí sabemos que debió hacerse “casi en la clandestinidad” —por la represión que imperaba en Uruguay durante el gobierno de Pacheco Areco— y que allí se reunieron Armand y Michèle Mattelart, Hugo Assmann, Héctor Schmucler, João Bosco Pinto y los locales Mario Kaplún, Roque Faraone y Julio de Santa Ana.¹³

Desde distintas experiencias, todos ellos estaban vinculados a la investigación sobre la comunicación masiva y/o al desarrollo de experiencias innovadoras que unían comunicación y educación o fomentaban

¹² Maestro y realizador de radio argentino, desde 1952 estaba radicado en Uruguay. En 1958 se fue a vivir, junto a su compañera Ana Hirsz, a la Comunidad de El Arca en Francia. A su regreso se vinculó al Centro Pedro Fabro. A finales de los cincuenta, impulsado por el sacerdote jesuita Manuel Olivera, comenzó a realizar producciones televisivas. En 1966 fue uno de los participantes del primer Seminario de Responsables Continentales de Medios de Comunicación Social de la Iglesia católica, realizado en Santa Inés, Lima. Desde finales de los sesenta produjo las series radiales educativas para el SERPAL, al que Martínez Terrero considera como “la institución continental que más ha hecho por la comunicación grupal liberadora” (Martínez Terrero, 1986: 134). Entre ellas se destacó *Jurado N° 13* (1971-1972). La inquietud por la comunicación dialógica que expresaban esos trabajos se plasmó en el Seminario Interamericano sobre “Comunicación Social y Educación: una visión cristiana” realizado en México en mayo de 1971, con la participación de cincuenta y seis delegados de dieciocho países. Para este Seminario se encargó a Kaplún un panorama regional sobre los medios de comunicación en América Latina. Para mayor detalle sobre su obra, véase Kaplún (1993); Silva Pintos (2010); Badenes (2020).

¹³ Santa Ana era miembro de Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), el grupo protestante que hacia 1968 publicó los primeros textos de Paulo Freire en español.

la toma de la palabra de los sectores populares. Y era la primera ocasión en que se encontraban quienes serían los directores-fundadores de *CyC*.¹⁴

El coloquio de Montevideo se hizo en un convento, posiblemente en la primera semana de septiembre de 1971. Según Kaplún, la convocatoria era para “discutir acerca de un tema que en aquel momento era prácticamente inédito: la comunicación popular”. En el recuerdo de Mattelart se buscaba “pensar el proyecto crítico de la investigación en este campo en América Latina” y “fue el primer intento de constituir un núcleo de reflexión sobre un tema donde dominaba hasta hace poco la sociología funcionalista de factura estadounidense” (Beigel, 2011). La historia contada por los protagonistas asegura que ese fue el germen de lo que dos años después sería *CyC*: en rigor, allí se planteó la necesidad de una revista y se esbozó un proyecto, pero sin concretar nada. Más tarde, Chile surgiría “como el lugar más adecuado no solo a nivel político sino de posibilidades de financiamiento” (A. Mattelart, comunicación personal, 9 de julio de 2018).¹⁵

Mattelart señala cierta continuidad entre la reunión de Montevideo y un seminario realizado en noviembre de 1972 en Costa Rica, con el título *El papel sociopolítico de los medios de comunicación en la sociedad de cambio en América Latina*, convocado por CIESPAL y auspiciado por la fundación de la socialdemocracia alemana Friedrich Ebert (FES), en el que participaron Armand Mattelart, Hugo Assmann y Wilfredo Telting Z. (Chile), Héctor Schmucler y Heriberto Muraro (Argentina), Roque Faraone (Uruguay), Nazario Tirado Cuenca (Perú), Antonio Pasquali (Venezuela), Elsy Bonilla de Ramos (Colombia), Eduardo Santoro (Colombia), Richard R. Cole (Estados Unidos), W. R. Langenbucher (Alemania) y, por los organizadores, Peter Schenkel (ILDIS-FES), Marco Ordóñez Andrade y Gonzalo Córdova Galarza (CIESPAL). Para Mattelart, la nueva reunión —“esta vez más numerosa”— constituía “una red embrionaria de investigadores críticos” que tendría continuidad en la revista editada en Chile.¹⁶

¹⁴ De los demás participantes, Michèle Mattelart y Roque Faraone formaron parte de un “colectivo de redacción” consignado en el primer número, como veremos más adelante.

¹⁵ En otra entrevista, con Fernanda Beigel (2011), el intelectual belga precisa que los fondos fueron aportados por intermedio de Hugo Assmann.

¹⁶ Para un análisis de los trabajos presentados en ese encuentro y en particular del aporte de Assmann, véase Badenes (2020: 170-172).

SANTIAGO DE CHILE, 1973

El proyecto editorial de *Comunicación y Cultura* se concretó durante la última etapa del gobierno de la Unidad Popular, que en noviembre de 1970 había iniciado un proceso inédito de construcción del socialismo en el marco de la institucionalidad democrática. Las pujas y el debate sobre la comunicación habían tomado fuerza en el país antes del triunfo de Salvador Allende. Ese año se publicó el trabajo realizado por Mattelart, Mattelart y Piccini en el CEREN, que la revista argentina *Los Libros* comentó en mayo como “un estudio sobre la ideología de los mass-media chilenos, que súbitamente se ha convertido en un instrumento de la batalla electoral” (8: 28).

En campaña, la coalición de izquierda propuso medidas “tanto para liberar a la comunicación de su carácter comercial y eliminar la presencia de los monopolios como para que las organizaciones sociales dispusieran de ellos y les imprimieran ‘una orientación educativa’” (Zarowsky, 2011: 78). Sin embargo, la Unidad Popular triunfó sin una mayoría absoluta y, dado el sistema electoral que regía en Chile, necesitó otros apoyos para consagrar a Allende como presidente. La asunción del gobierno socialista estuvo mediada entonces por un “pacto constitucional” con la Democracia Cristiana, que limitó el margen de acción en algunas áreas, entre ellas la de comunicaciones, que en términos generales siguieron regidas por el libre mercado.

En síntesis, el programa resultante puso énfasis en transformaciones socioeconómicas (reforma agraria; nacionalización de sectores económicos estratégicos) y cierto cambio de orientación en las relaciones internacionales, mientras que lo político-cultural quedó en un segundo plano, aunque la construcción de una “Nueva Cultura” siguió siendo un eje programático, con acciones estatales que buscaban colocar al pueblo como protagonista y agente de la revolución (Albornoz, 2005). Las principales iniciativas se dieron en el campo de la música, la plástica, la industria editorial y el cine, y fueron más restringidas en el campo de los medios masivos,¹⁷ salvo en lo que refiere a la producción de revistas, donde el

¹⁷ En el caso de los diarios, la radio y la televisión, para los que rigió el clásico principio de la libertad de prensa/empresa, más que intervención del gobierno —que se acotó a los medios que ya disponía del Estado— hubo un notable activismo partidario. Las fuerzas políticas integrantes o allegadas a la Unidad Popular reforzaron los medios que tenían y adquirieron o fundaron periódicos y revistas: *El Siglo y Puro Chile* (del PC), *La Última Hora* (PS), *Punto Final* (MIR), *De Frente* (MAPU), etc. A su vez, en septiembre de 1973 había cuarenta radioemisoras en manos de partidos o referentes de las izquierdas (Munizaga, 1982: 45).

Estado desarrolló una experiencia enorme a través de la Editorial Nacional Quimantú.¹⁸ Además, el gobierno intentó una reforma educativa integral, aunque ese proyecto, conocido como Escuela Nacional Unificada terminó desestimado por la presión de la Iglesia católica y los partidos de la oposición.

Según Rivera Aravena, fue el propio presidente Allende quien en 1971 convocó a los académicos Armand y Michèle Mattelart y Mabel Piccini a trabajar como asesores comunicacionales en la Editorial Quimantú y Televisión Nacional (Rivera Aravena, 2015: 347). El futuro director-fundador de CyC participó de una sección de Quimantú que estaba dedicada al estudio de las publicaciones realizadas, acompañando el proceso de transformación de los contenidos y de las rutinas productivas, sobre el que Naín Nómez (1974) escribió en el segundo número de la revista (sobre ese proceso, también es muy recomendable el texto de Jofré, 1974). Desde allí, Mattelart intentó promover talleres populares para evaluar la recepción en las poblaciones, barrios obreros y nuevas unidades agrícolas (Mattelart, 1971: 91). Fue en ese marco que escribió junto a Ariel Dorfman el libro *Para leer al Pato Donald*, convertido luego en un *best seller* internacional de la mano de la editorial italiana Feltrinelli. Salió en 1971 por Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso y fue ampliamente difundido a partir de su edición de 1972 por parte de la flamante filial argentina de Siglo Veintiuno, con prólogo de Schmucler. Como ha señalado Zarowsky (2010), con el correr de los años el libro fue leído sin considerar las condiciones de producción que le dieron origen y eso produjo grandes malentendidos.¹⁹ En su momento,

¹⁸ Quimantú era el resultado de la adquisición por parte del Estado de la antigua casa Zig-Zag —que había sido una de las mayores editoriales de América Latina— tras un conflicto entre propietarios y trabajadores iniciado dos días después de que asumiera el gobierno de la Unidad Popular. A comienzos de 1971 se firmó la estatización que dio lugar a una empresa cultural de enorme vitalidad. Con el eslogan “Una llave para abrir cualquier puerta”, Quimantú llegó a lanzar un título por semana, con tiradas que rondaban entre los cincuenta y cien mil ejemplares, distribuidas mayoritariamente en kioscos. Además, el sello estatal produjo buena cantidad de revistas semanales, quincenales y mensuales, que iban desde títulos sobre política nacional (*Ahora, Mayoría*) hasta tiras de historietas, pasando por revistas dirigidas a segmentos puntuales de la población, como los niños (*Cabrochico*), los jóvenes (*Onda*) y las mujeres (*Paloma*).

¹⁹ Como señala Zarowsky, “la preocupación de Dorfman y Mattelart se vinculaba más al proceso de elaboración de políticas culturales y la discusión sobre su legitimidad que a la reflexión metodológica para el análisis de los discursos de la industria cultural o del efecto de los medios en las audiencias”. De hecho, la inscripción de Mattelart en la tradición del análisis ideológico fue bastante breve. El estudio quedó tildado por su perfil

el análisis propuesto por el libro fue impugnado desde la revista argentina *Lenguajes*, lo que dio lugar a un interesante debate entre ésta y *CyC*, que salió en defensa del trabajo de Mattelart y Dorfman.²⁰ El eje vertebrador era la relación entre ciencia y política. Para entonces, Schmucler escribía: “sólo es *científico*, elaborador de una verdad, un método que surja de una situación histórico-política determinada y que verifique sus conclusiones en una práctica social acorde con las proposiciones histórico-políticas en las que pretende inscribirlas” (Schmucler, 1975: 5).

A las iniciativas estatales señaladas hay que sumar aquellas que se dieron desde las bases durante el último año y medio del proceso chileno —después del *lock out* patronal de octubre de 1972—, cuando el polo revolucionario que acompañaba críticamente al gobierno (Pinto Vallejos, 2005) concentró su estrategia en el fortalecimiento del *poder popular*, una idea que planteaban especialmente el MIR e intelectuales allegados a esa organización, como Mattelart. Junto con los comandos comunales y los cordones industriales, surgieron órganos de información, expresión y agitación propios de las bases.²¹ También hubo tomas en algunos diarios provinciales opositores, como *La Mañana* de Talca y *El Sur* de Concepción, por parte de los trabajadores. Ese es el contexto en el que nació *CyC*.

La experiencia chilena de la Unidad Popular predomina claramente en el primer número de la revista, donde se publicaron seis artículos/documentos: dos sobre medios, “La lucha ideológica en torno a la prensa en Chile”, de Patricio Biedma, y “El surazo en tres dimensiones. Análisis de una experiencia”, de Rody Oñate Z.; otro sobre la investigación científica, “La ‘ciencia pura’, instrumento del imperialismo cultural. El

denuncista, que identificaba a Disney como una máquina al servicio del colonialismo, y terminó objetado por aspectos metodológicos.

²⁰ Ese debate suele ser abordado en los currículos de las carreras de comunicación y es probablemente lo más conocido de ambas revistas. Cabe señalar que *Lenguajes* cuestionaba también las perspectivas del *Cine, cultura y descolonización*, de Octavio Getino y Fernando Solanas, publicado también en la colección *Comunicación de masas de Siglo XXI Argentina*, que dirigía Schmucler.

²¹ En la introducción a *La comunicación masiva en el proceso de liberación* —publicado en noviembre de 1973 por Siglo Veintiuno Argentina— Mattelart relata que “el día anterior al golpe militar que derrocó al gobierno popular —y estando este libro en la fase final de impresión— estábamos terminando en diversas industrias situadas en los cordones de Santiago una serie de conversaciones con los trabajadores sobre estos nuevos órganos de comunicación de clase...” (Mattelart, 1973c: 20). Se trataba de una investigación iniciada en julio de ese año. Ambos estudios se publicaron ya fuera de Chile, en el número 2 de *Comunicación y Cultura*.

caso chileno”, que retomaba una conferencia de Maurice Bazin en la Universidad de Rutgers (Estados Unidos); y tres que se dedicaban a la cuestión educativa: “Un examen al examen: escuela secundaria en Chile”, un escrito en tono althusseriano de Guillermo Labarca, “La ideología de la Escuela Nacional Unificada (ENU) y el cristianismo”, de Rolando Muñoz G. —donde se argumenta que las preocupaciones fundamentales del proyecto de reforma educativa de la Unidad Popular coinciden con las búsquedas de la Iglesia post Medellín— y “Proceso ideológico y proceso político. El caso revelador de la Escuela Nacional Unificada de Chile”, de Hugo Assmann, donde el teólogo explicita la contradicción “entre el cada vez más vigoroso impulso popular a los procesos de participación y solidaridad social y un sistema educacional autoritario, competitivo y tradicionalista” (54).

El segundo número —una edición de transición entre Santiago y Buenos Aires, con redactores que tuvieron que refugiarse y materiales que debieron ser rescatados— incluyó cuatro trabajos sobre Chile (escritos en un presente que ya no es, pero que la revista decide publicar de todos modos): “La televisión y los sectores populares”, donde Michèle Mattelart y Mabel Piccini exponían un análisis realizado en el segundo semestre de 1972 sobre la recepción de series televisivas, a partir de doscientas entrevistas realizadas en cuatro poblaciones; “Prensa y lucha ideológica en los cordones industriales de Santiago: testimonios”, un conjunto de testimonios de esa prensa emergente, recogidos poco antes del golpe; “La historieta en el proceso de cambio social. Un ejemplo: de lo exótico a lo rural”, una lectura crítica de Naín Nómez de la experiencia de Quimantú; y finalmente “Ideología y práctica de la capacitación campesina”, del economista Solon Barraclough. Por si quedaban dudas sobre el contexto de producción, este último artículo lleva fecha: junio de 1973. Resulta muy interesante el anacronismo de la edición: ya estamos en mayo de 1974, han pasado ocho meses del golpe, y sin embargo se escribe sobre la experiencia de la Unidad Popular, *desde* la experiencia de la Unidad Popular. Porque el movimiento de liberación seguía vigente: estas páginas podían ser leídas en Argentina o en Perú; *CyC* no es todavía pensada en/desde el exilio.²²

²² Recién en el número 4 aparece, en la concepción temática de un artículo, el golpe de Estado: Abelandía Rodríguez escribe sobre “El papel de los medios masivos en la política cultural de la junta militar chilena” y asume que han perdido vigencia todas las investigaciones sobre el sistema de medios chileno realizadas hasta el momento: la dictadura suprimió el régimen liberal, fueron cerrados todos los medios que pudieran contener expresiones de izquierda e intervenidos los talleres impresores y se reestructuraron la editorial Quimantú (ahora llamada Gabriela Mistral), la empresa Chile Films

La revista era orgánica a la construcción del socialismo en Chile pero, en términos más amplios, el movimiento al que respondía era la causa de liberación nacional en América Latina. Recordemos que su lema era *La comunicación masiva en el proceso político latinoamericano*.

Esa vocación regional se leía en el colectivo de redacción que consignaron en el primer número. Más allá del predominio de protagonistas del proceso chileno (además de dos de los directores: Michèle Mattelart, Pablo Richard, Pedro Chaskel, Guillermo Labarca), ese consejo “en formación” marcaba otros cinco puntos en el mapa latinoamericano: Argentina (Ana María Nethol y Carlos Ulanovsky), Uruguay (además de Roque Faraone, que había estado en las reuniones de 1971 y 1972, figuraba el cineasta Walter Achugar y el escritor y director de *Crisis*, Eduardo Galeano), Perú (el sociólogo Rafael Drinot Silva), Cuba (el argentino Jorge Timossi, fundador de Prensa Latina²³) y México (Raúl Cremoux, Hugo Gutiérrez Vega, Froylán López Narváez, Carlos Monsiváis).²⁴

En el editorial de ese primer número se leía:

La función que se propone cumplir *Comunicación y Cultura* es la de establecerse como órgano de vinculación y de expresión de las diversas experiencias que se están gestando en los países latinoamericanos, en el campo de la comunicación masiva. Evidentemente, no se trata de asumir cualquier experiencia, sino las que favorecen a los procesos de liberación total de nuestras sociedades dependientes. Esta norma de prioridad política será la línea de demarcación que trazará la revista para recoger sus temáticas, sus centros de interés, sus lectores y sus colaboradores (1973: 3).

Y agregaba:

Si hoy puede aparecer este instrumento de vinculación, es porque en diferentes lugares de nuestro continente están trabajando personas y grupos

y todos los canales en poder del Estado. Rige una nueva institucionalidad, una nueva armazón jurídica forjada “decreto tras decreto” (Rodríguez, 1975: 35).

²³ Cabe consignar que en ese momento Timossi se desempeñaba como responsable de la agencia en Santiago de Chile.

²⁴ La referencia a este consejo, que en el número inicial figuraba en formación, desapareció tras el golpe de Estado en Chile. En el editorial del número 2, los directores aseguraban que las repercusiones de la salida de la revista confirmaron “la necesidad de un órgano semejante y la urgencia en fortalecer los lazos ya existentes entre los distintos grupos que trabajan en comunicación masiva en América Latina”, pero la obligada reestructuración post-golpe requirió afirmar la coordinación y postergó “la constitución definitiva del colectivo de redacción”.

que participan de la misma inquietud y procuran hacer de su práctica de trabajadores de la comunicación una práctica política al servicio de las luchas revolucionarias. Son dirigentes o militantes de base de los partidos populares encargados de la prensa obrera y campesina (clandestina o no); son centros de alumnos o profesores de las escuelas de periodismo (generalmente creadas por los empresarios-propietarios de la ‘libertad de prensa’) que pugnan por romper el cerco de la ideología de un periodismo presuntamente nuestro y objetivo; son investigadores impulsados por la inquietud de fundir la teoría con la acción; son trabajadores del cine, del teatro, de la plástica, de la literatura, que piensan su acción como instrumento del proyecto popular de descolonización; son —en fin— trabajadores de la comunicación aislados en medios que están todavía bajo el control de la burguesía y del imperialismo, o insertados en los procesos revolucionarios que se están desarrollando en América Latina (3-4).

Volviendo a la definición gramsciana, la revista no buscaba *crear* ese movimiento disciplinado de base, sino acompañarlo: esa era su aspiración y surge clara en la revisión de los números de la etapa conosureña, es decir, los que se publicaron de ambos lados de la Cordillera de los Andes, antes de la radicación de la revista en el exilio mexicano. En esos tres años, las principales reflexiones y aportes documentales se relacionan con los procesos políticos de Chile, Argentina y Perú y sus intervenciones en los ámbitos de la cultura, la educación y la comunicación.

LIMA Y BUENOS AIRES, 1974

La referencia a Perú puede parecer un error, pues la revista nunca se editó en Lima ni sus directores participaron del proceso peruano. Sin embargo, lo que pasaba allí estuvo en las páginas de *CyC* tan o más presente que la realidad de los países de sus directores.

La revista prestó mucha atención al gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975),²⁵ que en el momento de fundación de *CyC* estaba en

²⁵ Velasco asume tras el derrocamiento de Fernando Belaúnde Terry, con quien se había iniciado un largo período de “gobiernos de las Fuerzas Armadas” que se extendió desde 1963 hasta 1985. Dentro de ese lapso, no obstante, la presidencia de Juan Velasco Alvarado se distingue como un período singular. Esa “novedad” del velasquismo en el escenario latinoamericano fue advertida tempranamente. Ya en el tercer número de *Los Libros* se publicó un artículo de Jorge Carpio sobre el rumbo de la Revolución Peruana, a partir de un libro de Víctor Villanueva titulado *¿Nueva mentalidad militar en el Perú?* que había publicado la editorial Replanteo: “¿Qué es esta revolución militar que, en lugar de

su quinto año y había tomado varias de sus medidas más radicales. Con una composición inicial marcadamente conservadora, una característica de este Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del Perú fue su progresiva radicalización (Moncloa, 1977). Entre sus medidas se pueden mencionar la expulsión del país de la subsidiaria de la Standard Oil; la expropiación de los latifundios azucareros; la estatización de la estratégica industria de la harina de pescado, varios bancos privados y el comercio exterior de minerales; la expansión empresarial del Estado y el aumento de la protección laboral. Además se reformó la empresa privada con la formación de las “comunidades industriales” que buscaron garantizar la participación de los trabajadores en las utilidades. A nivel diplomático, Perú abrió sus relaciones con Cuba y desplegó una militancia tercermundista y no alineada. En julio de 1971, un discurso del general Velasco Alvarado ubicó por primera vez a la Revolución Peruana como parte de una corriente “socialista”. Se trataba de un proceso con una construcción doctrinaria propia, que más tarde definiría como una “Democracia Social de Participación Plena”.

Una de sus grandes reformas se dio en el plano educativo, conducida por el reconocido pensador peruano Augusto Salazar Bondy. Entre otros aspectos, la Ley General de Educación sancionada en 1972 preveía la incorporación de los medios de comunicación como agentes educacionales, indispensables en el marco de un gran programa llamado “de Extensión Educativa”. En esta línea se inscriben varios de los trabajos del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo conocido como DESCO,²⁶ la organización limeña a la que pertenecía Rafael Drinot, el peruano que figura en el primer colectivo de redacción de la revista. Drinot trabajaba en la sección de Análisis y evaluación de la comunicación social en el Ministerio de la Educación, dirigida entre 1972 y 1975 por el escritor y maestro Samuel Pérez Barreto, que fue otro de los informantes de CyC sobre la situación peruana (A. Mattelart, comunicación personal, 19 de diciembre de 2020).

Los trabajos de DESCO trascenderían las fronteras peruanas, en el marco de las redes políticas e intelectuales que estamos visualizando. Ana Boggio, Gustavo Riofrío y Rafael Roncagliolo, integrantes del Área de Estudios Educativos de DESCO, publicaron en el primer número de

recitar las clásicas proclamas sobre ‘el peligro comunista’, inicia su gestión expropiando a una empresa petrolera del capital norteamericano?”, se preguntaba Carpio (1969: 22).

²⁶ Desde 1979, DESCO publicó la revista *Qué hacer*, que amerita un estudio específico atento a su prolífica producción.

CyC un artículo titulado “La ideología en los textos escolares peruanos”, junto con otro sobre la misma temática escrito en Argentina.²⁷

Varias medidas políticas y reflexiones intelectuales de la época se enmarcaron en ese tipo de denuncias de penetración ideológica, que van más allá y más acá de *Para leer al Pato Donald*. En Lima, en 1973 se publicó en la revista *Textual*—la revista del Instituto Nacional de Cultura de Perú— un análisis ideológico de *Los Picapiedra* (Tapia Delgado, 1973). Los propios Mattelart y Dorfman escribieron en esos mismos años trabajos que apuntaron a otros objetos culturales: las selecciones de *Reader's Digest*, las tiras del *Llanero solitario*, etc. Aquí cabe mencionar el extenso trabajo sobre la serie educativa infantil *Sesame Street* que Armand Mattelart publicó en el número 1 de *CyC*.²⁸ Allí, antes de desmenuzar estrategias discursivas, el autor historizaba y daba cuenta de la economía política de Xerox—la empresa que patrocinó la serie en el exterior, fuertemente ligada al Departamento de Defensa norteamericano— y de la Fundación Ford—que también financió actividades de *Sesame Street*—, entre las 25 000 fundaciones que existían hacia 1968 en Estados Unidos, dedicadas “a distribuir becas de estudios y financiar proyectos en las más diversas disciplinas...” (Mattelart, 1973b: 157). Así dejaba establecida una “relación triangular”: gobierno norteamericano-corporación-teleeducación (Mattelart, 1973b: 151), que se expresó en las versiones internacionales de la serie televisiva, rebautizada *Plaza Sésamo* en castellano y *Vila Sésamo* en portugués. Mattelart destacaba que mientras en Estados Unidos, con financiamiento mayoritario de la Oficina de Educación, se proyectaba como un producto educativo, “cuando la serial se inserta en la realidad de los países latinoamericanos, el producto cambia de estatuto. Primero,

²⁷ Se trataba de un trabajo de Ana María Nethol, Dardo Arbide, Marta Crivos y Stella Ferrarini. El análisis de los textos escolares estaba en boga. Tiempo antes, la editorial Tiempo Contemporáneo había publicado en español una investigación de la socióloga italiana Marisa Bonazzi, prologada por Umberto Eco, bajo el título *Las verdades que mienten. Un análisis de la ideología represiva de los textos para niños* (1968).

²⁸ En más de sesenta páginas, Mattelart proponía este estudio como “el tercer eslabón de una serie de investigaciones sobre las nuevas estrategias y tácticas del imperialismo cultural” (Mattelart, 1973b: 146). La primera investigación de la serie analizó el desarrollo de las tecnologías modernas de comunicación, la estructura de poder en la que se apoyaban y la falacia de la “revolución de las comunicaciones” (Mattelart, 1973a). La segunda estudió las relaciones entre la cultura de masas y la guerra electrónica, vinculando la evolución de las formas del imperialismo cultural con los cambios sufridos por las grandes corporaciones multinacionales del ámbito electrónico y aeroespacial (“La industria cultural no es una industria ligera. Hacia la fase superior del monopolismo cultural”, cuya primera versión fue publicada en la revista *Casa de las Américas* el mismo año).

la financia en forma mayoritaria una corporación industrial, la adaptan, bajo asesoramiento de científicos latinoamericanos y norteamericanos, y la distribuyen organizaciones televisivas comerciales” (Mattelart, 1973b: 172). En la misma línea, el mismo año, el peruano Samuel Pérez Barreto publicó “El caso ‘Plaza Sésamo’ en el Perú” en *Textual* (9: 22–31).

En ese entonces, mientras la serie ya se exhibía en más de setenta países, en Perú se había vedado la entrada del producto por orden del ministerio de Educación. También hubo resistencias en otros países, aunque no llegaron a esa decisión. Para Mattelart, que escribía desde el Chile de la Unidad Popular,

la actitud más coherente es la que adoptó el gobierno revolucionario peruano. Su negativa a permitir la entrada de la serie en el país es la única que ubica el problema en el nivel correcto: el del ámbito de la ideología educacional. Su decisión, pues, se basa en la incompatibilidad existente entre la concepción pedagógica subyacente en ‘Sesame Street’ y los objetivos del nuevo sistema de educación llevado adelante por la reforma del gobierno revolucionario (1973b: 177).

Y cita algunos argumentos de un documento producido por el Ministerio de Educación, “puesto a nuestra disposición gracias a la gentileza de los Profesores del Ministerio de Educación del Perú, Augusto Salazar Bondy y Samuel Pérez Barreto” (Mattelart, 1973b: 177). Como vemos, las redes de intercambio entre intelectuales vinculados a los distintos procesos existían y se tejían constantemente.

Educación fue, en Perú, una de las áreas donde más claramente se definió “una teoría y una praxis del cambio revolucionario”, basada en la perspectiva teórica de una “una sociedad humanista y socialista” (Moncloa, 1977: 152). En tanto, en el ámbito de la comunicación y los medios las definiciones se dieron —al igual que el rumbo general del gobierno— paulatinamente. Las distintas etapas, que han sido caracterizadas en otros trabajos (Gargurevich, 2007; Badenes, 2020), incluyeron nuevos derechos para los periodistas, la cooperativización de algunos medios de comunicación, la instauración de derechos de rectificación y de columnas donde los trabajadores podían confrontar la línea de una empresa, entre otras medidas. El punto más alto de esas transformaciones fue la Reforma de la Prensa que se impulsó desde julio de 1974, que iba mucho más allá de las expropiaciones que habían sucedido previamente (Verbitsky, 1975; Peirano *et al.*, 1978; Roncagliolo y Macassi, 1989).

Lo que hizo que el nuevo Estatuto de Prensa se leyera incluso fuera de las fronteras de Perú fue la decisión tomada respecto de los *diarios de distribución nacional*, expresión que surgía de una tipología de los medios de prensa que construía el propio decreto.²⁹ Para estos diarios se establecía una meta —orientarse “en el sentido de la educación integral del pueblo”— y una forma organizativa y de propiedad: “constituirán medios de expresión pertenecientes a las entidades representativas de los sectores organizados de la población de la nueva sociedad”. Se trató de una reforma *sui generis*, que preveía el manejo de los medios de prensa como parte de una “propiedad social” —ni estatal, ni privada— que estaba llamada a ser la base del modelo económico peruano.³⁰ El proceso de transición tuvo sus contradicciones y finalmente la reforma quedó trunca por la clausura del gobierno velasquista.

La inspiración de esa política estaba establecida en el *Plan del gobierno revolucionario de la fuerza armada* (Plan Inca), publicado casi simultáneamente, aunque se supone que existía desde 1968. En la sección Documentos del número 3 de *CyC* (1974) se difundieron íntegros tanto el Plan Inca como los decretos que establecieron la Reforma de la Prensa.³¹ “No por casualidad hemos incluido textualmente la ley peruana que otorga el control de los diarios nacionales a las comunidades sociales”, justificaba el artículo editorial: “Más allá de las diferentes valoraciones que pueda suscitar, el hecho posee innegable trascendencia y puso en tensión las diversas fuerzas materiales e ideológicas que actúan en el continente. Otra vez se discutió el concepto de ‘libertad de prensa’ y

²⁹ El término refería a los diarios con una tirada mayor a 20 000 ejemplares o cuya circulación abarcara a más de la mitad de las capitales de departamento. Seis diarios quedaban comprendidos por esa definición: *El Comercio*, *La Prensa*, *Correo*, *Ojo*, *Última hora* y *Expreso*. El decreto-ley que siguió a la regulación general fue precisamente el que declaró “de necesidad nacional y de interés social la edición e impresión y difusión de los diarios de distribución nacional” y por lo tanto expropió las acciones de las empresas vinculadas a la edición, impresión y distribución de esos diarios, “así como sus suplementos, vespertinos y todas sus publicaciones adicionales”.

³⁰ Se autó que los diarios deberían pasar a las organizaciones representativas de los campesinos, las comunidades laborales, los profesionales, los trabajadores del sector servicios, la comunidad educativa (que incluía educadores y también padres de familia) y los intelectuales. La medida preveía una transición en un año: el pasaje a los “sectores” debía concretarse para julio de 1975. Lo cierto es que los beneficiarios de esa transferencia no existían en términos institucionales y hubo que organizarlos con ese fin.

³¹ Además de Rafael Drinot Silva y Samuel Pérez Barreto, para el caso de la reforma de la prensa los informantes privilegiados de *CyC* fueron Rafael Roncagliolo y Juan Gargurevich, dos académicos que a su vez participaron de los equipos de gestión de los diarios expropiados (Testimonio de Armand Mattelart, diciembre de 2020).

quedó ratificado que no resulta fácil escindir ese aparente derecho con el de los empresarios poseedores de los medios de comunicación” (4).

Por otra parte, el número siguiente³² incluyó una reseña de un Encuentro Latinoamericano de Periodistas que se había realizado en octubre del año anterior en la que se recogía extensamente (1975: 121-125) la exposición de la delegación peruana, que defendió la expropiación de los diarios para convertirlos en instrumentos “de diálogo social y de la libertad revolucionaria” y aclaraba: “Sobre la prensa social del Perú de estos días, sin embargo, han recaído diversos malentendidos. Conviene, pues, develarlos. En primer lugar, esta no es una prensa estatal, por dejar de ser prensa privada” (122).

Comunicación y Cultura, entonces, hablaba de/a Chile pero también de/a Perú o, como veremos ahora, Argentina. Su impronta gramsciana, como reconoció Schmucler años atrás (en Lenarduzzi, 1998: 152), habilitaba una zona de convergencia entre el marxismo y movimientos nacional-populares como el velasquismo o el peronismo. Cuando en su primer editorial *CyC* aseguraba que en las luchas por la emancipación se estaban “gestando alternativas reales a la comunicación y la cultura diseñadas por las clases dominantes para servir a sus intereses”, las referencias eran precisamente los procesos de Chile, Perú y Argentina.

En Argentina las contradicciones eran mayores, y eran vividas por uno de los directores de *CyC*, que participaba del proceso de cambios iniciado en mayo de 1973 desde el ámbito universitario. En el plano de la comunicación masiva, hay que recordar que ese año los principales canales de televisión pasaron a manos del Estado. Esta situación, que en principio no fue resultado de una expropiación sino de la caducidad de las licencias adjudicadas quince años antes, produjo un interesante debate social sobre los medios de comunicación y en particular la televisión.

Los gobiernos de Héctor Cámpora, el interino Raúl Lastiri y Juan Domingo Perón estuvieron signados por las disputas y contradicciones internas: no pueden definirse como gobiernos socialistas o nacionalistas de izquierda, pero iniciaron procesos en los que —al igual que los países vecinos— la *liberación nacional* era la meta de buena parte de los actores políticos. Dentro del peronismo pugnaron distintas tendencias, entre ellas la denominada revolucionaria, que levantaba las banderas de un “socialismo nacional” y llegó a tener una participación importante en la

³² El número 4 también incorporó, sobre Perú, el documento “Educación y desarrollo rural”, elaborado por Giorgio Alberti, Heraclio Bonilla, Julio Cotler, Alberto Escobar y José Matos Mar.

conducción de algunos ministerios, secretarías y gobiernos provinciales, desde donde impulsaron políticas afines a las que caracterizamos de Chile y Perú. Por ejemplo, es interesante lo que sucedió durante quince meses al interior del Ministerio de Cultura y Educación, conducido por Jorge Taiana, y en particular en su Departamento de Comunicaciones Sociales, a donde confluyeron sectores de la izquierda peronista vinculados al Bloque de Prensa Peronista y el grupo teatral Octubre (Abbattista, 2013). En las producciones radiales realizadas por esa área —entre otras líneas de trabajo— participó Carlos Ulanovsky, integrante del colectivo editorial en formación que consignaba el primer número de *CyC*.

La experiencia del ministerio fue aludida en un artículo de Carlos Alberto Douhourq que se publicó en el número 4, sobre un trabajo de teleeducación desarrollado en la Provincia de San Luis entre 1973 y principios de 1974.³³

Otros ámbitos de transformación fueron las universidades. En el período en que la Universidad de Buenos Aires, y en particular la Facultad de Filosofía y Letras, estuvo bajo la conducción de la izquierda peronista, Héctor Schmucler dictó una materia introductoria a la comunicación masiva, en cuyo equipo docente participaron también Heriberto Muraro y Nicolás Casullo (este último, uno de los referentes del área de Comunicaciones Sociales del Ministerio).³⁴ A su vez, se impulsó la formación en 1974 de un Centro de Estudios de Comunicación Masiva (CECOM), donde entre otros participaron Schmucler (director), Muraro (secretario académico) y Margarita Graziano.

En el número 3 de *CyC*, Graziano escribía un artículo sobre “Los dueños de la televisión argentina”, como un aporte para ordenar la “marea de información” que inundó la prensa tras el decreto de caducidad de las licencias (Graziano, 1974: 175), que se firmó en Argentina la misma semana que el gobierno peruano inició la Reforma de la Prensa. Graziano refería también a la situación de las productoras y, al igual que Muraro

³³ El artículo se titulaba “Educación popular por televisión” y explicaba la búsqueda de un método con el que la TV pudiera fomentar la participación popular, con la producción de teleteatros producidos por los propios vecinos. Daba cuenta de la articulación con las políticas del Ministerio de Cultura y Educación, por ejemplo con el uso de discos e historietas producidos por el Departamento de Comunicaciones Sociales.

³⁴ Schmucler era profesor también en la Universidad Nacional de La Plata, donde la enseñanza de periodismo existía desde 1935 y era pionera en América Latina. Llegó invitado por su pareja de entonces, Ana María Nethol, en el marco de una transformación de la carrera que precedió a la apertura democrática. Fue uno de los principales referentes del grupo de los “estructuralistas” que le dieron su impronta al plan de estudios de 1972 (Ciappina, 2015: 123).

en sus artículos de *Crisis* el año anterior, la interpretaba a la luz de la experiencia peruana.

EL PODER DEL IMPERIALISMO, LA ACTIVIDAD DE LOS SUJETOS

En revisión de los sumarios de *CyC* de su etapa conosureña, entonces, prácticamente no hubo otras referencias nacionales además de los tres países donde ya vimos que estuvo puesto el foco. Podríamos considerar a Cuba, si se tiene en cuenta que las páginas iniciales del número 1 incluyeron el ensayo-manifiesto del cineasta cubano Julio García Espinosa, “Por un cine imperfecto”.

Por otra parte, en los cuatro números —y particularmente en el tercero— la publicación contuvo un conjunto de elaboraciones que daban cuenta de una preocupación antiimperialista o anticolonial, que empezó con “El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural” —el extenso trabajo sobre *Plaza Sésamo* que ya vimos— y continuó con una docena de artículos en esta primera etapa de la revista. En el primer número se publicó también “AAA\$. Los dueños de la ciencia”, de Daniel J. Goldstein, que pone sobre la mesa el papel de la American Association for the Advancement of Science —editora de la revista *Science*— como organización paragubernamental norteamericana. En el número 2 aparecieron “El Barroco de Indias y la ideología colonialista”, de Leonardo Acosta (texto originalmente publicado en *La Habana*) y “Penetración norteamericana y control de la natalidad bajo el gobierno de Frei”, de Jane Rubin, sobre la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) que administraba la ayuda externa del gobierno de los EE.UU. El número 3 se concentró especialmente en esta denuncia de las tramas del imperialismo, reactivada en particular por el debate internacional sobre el uso de satélites. Allí aparecen: “Ficha de identificación de la agencia de información de los EE. UU. (USIA)”; “La Agencia Informativa norteamericana (USIS) y sus boinas verdes de papel”, de Gerardo Fresenius y Jorge Vergara; “USIS en Vietnam. Entrevista con un ex oficial de cine del gobierno de los EE.UU.”; “¿Quién está ganando la guerra de la propaganda? Entrevista con Frank Shakespeare, director de la Agencia de Informaciones de los EE.UU. (USIA)”; “Algunos antecedentes sobre el satélite educativo para América del Sur”, de Roberto Bellochi P.; “Colombia y el satélite educativo” de Héctor Torres; “Tecnología, imperialismo y educación”, de Enrique Santos; y dos documentos: “Diseño y metodología del es-

tudio de la viabilidad de un sistema regional de teleeducación para los países de América del Sur (por el Ing. Valenzuela)” y “Proposición de la URSS a las Naciones Unidas para regular las emisiones televisivas directas por satélite”. Finalmente, en el número 4 se publicó una investigación sobre la agencia de noticias norteamericana UPI realizada por el chileno Fernando Reyes Matta y un artículo de Armand Mattelart sobre la formación de los aparatos ideológicos del “Estado multinacional”.

Sin embargo, la producción de *CyC* nunca se agotó en esas denuncias. No fue pura impugnación de las condiciones de dependencia y las maniobras del imperialismo cultural, como se interpretó alguna vez, tanto la revista como el período. El editorial del número 2 insistía en el valorar “el proyecto inicialmente imaginado” que era, precisamente, “enfaticar las experiencias de participación popular en los medios de comunicación, como punto de partida para la elaboración de nuevas formas de cultura en las que se consolidarán las relaciones sociales transformadas por el pueblo” (1974: 1).

El último número de la etapa conosureña de la revista iniciaba con un artículo de Héctor Schmucler, “La investigación en comunicación masiva” —que funcionaba como una suerte de editorial aunque no se presentara explícitamente así. Lenarduzzi identificó en él uno de tres grandes “momentos de transición” que atravesó la revista (1998: 49)—. Uno de los aspectos que se ha destacado de este artículo en sucesivas lecturas es la “anticipación” de un conjunto de problemas que serán enfocados por el campo de la comunicación en los ochenta; especialmente, su llamado a prestar atención a la experiencia sociocultural de los receptores. En rigor, esa preocupación ya estaba en el número 1: en su *denuncista* artículo sobre *Plaza Sésamo*, Mattelart también señalaba la urgencia de “volver al receptor e investigar cómo este receptor, desde su posición de clase, lee los productos envasados. Es necesario tratar de descifrar la manera en que, a partir de su práctica diaria y con los instrumentos de esta práctica, el receptor efectúa su propia lectura ideológica; cómo su conciencia de clase o su defecto le permite o le impide luchar contra los mensajes a que lo somete diaramente la cultura dominante” (Mattelart, 1973b: 190).

Sin ir más lejos, Michèle Mattelart y Mabel Piccini (1974), en su trabajo elaborado en Chile —aunque publicado en Argentina—, elegían la experiencia popular como la perspectiva para cuestionar el circuito vigente en la televisión chilena. Este temprano estudio de recepción —con un receptor definido en términos de clase— se asociaba políticamente a la construcción de poder popular, y asumía como ideal un sistema en que

la mayoría dejara de ser *espectadora* para convertirse en *sujeto activo* (Mattelart y Piccini, 1974: 7).

Desde ya, esas ideas se profundizarían en los ochenta, cuando buena parte del campo académico de la comunicación se orientó a pensar la recepción, la actividad de los sujetos y la dimensión productiva (y no sólo reproductiva) de las culturas populares. En la etapa mexicana de *CyC* pueden leerse esos desplazamientos teóricos y algunos de sus principales referentes, como Jesús Martín-Barbero, que formó parte del comité asesor en la sub-etapa patrocinada por la UAM-X y publicó allí su artículo “Retos a la investigación de comunicación en América Latina”, originalmente presentado en una asamblea de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación. Curiosamente, esos reposicionamientos tenían a la lectura de Gramsci —una vez más— como una de sus inspiraciones. Ya no se trataba de pensar el carácter orgánico de la revista. El “filón gramsciano” —según la expresión del mexicano Jorge González (1983), que coordinó el número 10 de la revista dedicado a *Interrogantes sobre lo popular*— aparecía ahora para comprender lo popular en un sentido relacional e histórico y visualizar las prácticas insumisas de los sectores subalternos que, quizás sin la formulación de grandes proyectos históricos, seguían produciendo alternativas.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBATTISTA, María Lucía (2013), “Las políticas de la Tendencia Revolucionaria del peronismo en el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación y los modelos latinoamericanos contemporáneos (Argentina, 1973-1974)”. Ponencia presentada en las IV Jornadas de Historia Política, Montevideo, 8, 9 y 10 de julio.
- ALBORNOZ, César (2005), “La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente”, en PINTO VALLEJOS, Julio (coord.), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- BADENES, Daniel (2016), “Dimensiones y preguntas para el análisis de las revistas culturales”, en DELGADO, Verónica y ROGERS, Geraldine (eds.), *Tiempos de papel*. La Plata: EDULP.
- _____ (2020), *Mapas para una historia intelectual de la comunicación popular. Ideas, contextos y prácticas editoriales de los '60 y '70 en América Latina*. Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata.

- BEIGEL, Fernanda (2011), *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*. Santiago de Chile: LOM. E-book.
- CARMAN, Facundo (2015), *El poder de la palabra escrita. Revistas y periódicos argentinos (1955-1976)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- CARPIO, Jorge (1969), “¿A dónde va la revolución peruana?”, *Los Libros* (Buenos Aires), 3 (septiembre).
- CIAPPINA, Carlos María (2015), *Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP: Una historia de Formación y Política: 1934-1998*. Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata.
- DE DIEGO, José Luis (2015), “Los intelectuales y la izquierda en Argentina (1955-1975)”, en *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*. Buenos Aires: Ampersand.
- DOUHOURQ, Carlos Alberto (1975), “Educación popular por televisión”, *Comunicación y Cultura* (Buenos Aires), 4: 129-170.
- GARCÍA, Diego (2011), “Signos. Notas sobre un momento editorial”, *Políticas de la Memoria* (CeDInCI, Buenos Aires), 10/11/12: 149-158.
- GARGUREVICH, Juan (2007), “La ‘Revolución de la Fuerza Armada’ de 1968-1975 y los periodistas editores”. Ponencia presentada en el IV Congreso de la Red Hispanoamericana de Historiadores de la Prensa, San Cristóbal de las Casas, México, 18-21 de abril.
- GONZÁLEZ, Jorge (1983), “Cultura(s) popular(es) hoy. Recovecos en torno al largo y sinuoso camino de la domesticación teórica de una realidad altamente tozuda y contumaz”, *Comunicación y Cultura* (UAM, México), 10 (agosto): 7-30.
- GRAZIANO, Margarita (1974), “Los dueños de la televisión argentina”, *Comunicación y Cultura* (Editorial Galerna, Buenos Aires), 3: 175-212.
- JOFRÉ, Manuel (1974), “Las historietas y su cambio. Experiencias prácticas para la transformación de los medios en el Proceso Chileno”, en DORFMAN, Ariel y JOFRÉ, Manuel, *Superman y sus amigos del alma*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- KAPLÚN, Mario (1993), “Mis (primeros) cincuenta años de aprendiz de comunicador. Mini-autobiografía profesional de Mario Kaplún”, *Boletín ALAIC* (Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación, Guadalajara) 7-8: 125-140.
- LENARDUZI, Víctor (1998), *Revista “Comunicación y cultura”. Itinerarios, ideas y pasiones*. Buenos Aires: Eudeba.
- MARTÍNEZ TERRERO, José (1986), *Comunicación grupal liberadora*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas/OCIC-AL/UNDA-AL/UCLAP/WACC.

- MATTELART, Armand (1971), “Comunicación y cultura de masas”, en MATTELART, Armand; BIEDMA, Patricio y FUNES, Santiago, *Comunicación masiva y revolución socialista*. México: Editorial Diógenes.
- ____ (1973a), *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ____ (1973b), “El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural. ‘Plaza Sésamo’: prólogo a la telerepresión del año 2000”, *Comunicación y Cultura* (Santiago de Chile), 1: 146-223.
- ____ (1973c), *La comunicación masiva en el proceso de liberación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ____ (2014), *Por una mirada-mundo. Conversaciones con Michel Sénécal. Un recorrido por la trayectoria de uno de los grandes investigadores de la comunicación y la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- ____; CASTILLO, Carmen y CASTILLO, Leonardo (1970), *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*. Buenos Aires: Signos.
- ____; MATTELART, Michèle y PICCINI, Mabel (1970), “Los medios de comunicación de masas: la ideología de la prensa liberal en Chile”, *Cuadernos de Estudios de la Realidad Nacional* (Santiago de Chile), 3.
- MATTELART, Michèle y PICCINI, Mabel (1974), “La televisión y los sectores populares”, *Comunicación y Cultura* (Editorial Galerna, Buenos Aires), 2: 3 y ss.
- MONCLOA, Francisco (1977), *Perú: qué pasó (1968-1976)*. Lima: Editorial Horizonte.
- MUNIZAGA, Giselle (1982), “Políticas de comunicación bajo regímenes autoritarios: el caso de Chile”, en FOX, Elizabeth; SCHMUCLER, Hector *et al.*, *Comunicación y democracia en América Latina*. Lima: DESCO-CLACSO.
- NÓMEZ, Nain (1974), “La historieta en el proceso de cambio social. Un ejemplo: de lo exótico a lo rural”, *Comunicación y Cultura* (Editorial Galerna, Buenos Aires), 2.
- PEIRANO, Luis; BALLÓN, Eduardo; BARTET, Leyla y VALDEZ, Gilberto (1978), *Prensa: apertura y límites*. Lima: DESCO-Centro de Estudios de Promoción del Desarrollo.
- PÉREZ BARRETO, Samuel (1973), “El caso ‘Plaza Sésamo’ en el Perú”, *Textual* (Revista del Instituto Nacional de Cultura, Perú), 9: 22-31.
- PINTO VALLEJOS, Julio (coord.) (2005), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- RIVERA ARAVENA, Carla (2015), “Diálogos y reflexiones sobre las comunicaciones en la Unidad Popular. Chile, 1970-1973”, *Historia y*

- Comunicación Social* (Universidad de Santiago de Chile), XX. 2: 345-367.
- RODRÍGUEZ, Abelandia (1975), “El papel de los medios masivos en la política cultural de la junta militar chilena”, *Comunicación y Cultura* (Buenos Aires), 4: 15-53.
- RONCAGLIOLO, Rafael y MACASSI, Sandro (1989), “Prensa y poder en el Perú”, *Diálogos de la comunicación* (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, Lima), 24.
- SCHMUCLER, Héctor (1975), “La investigación en comunicación masiva”, en *Comunicación y Cultura* (Buenos Aires), 4.
- SILVA PINTOS, Virginia (2010), “Mario Kaplún”, *Question* (La Plata), 28. Disponible en: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1097>
- SORÁ, Gustavo (2017), *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TAPIA DELGADO, Gorki (1973), “‘Los Picapiedra’, Aliados del Imperialismo. Ideología y Medios de Comunicación de Masas”, *Textual*, 8: 63-66.
- TARCUS, Horacio (2020), *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Temperley: Tren en Movimiento (Sentidos del Libro)-CeDInCI.
- VERBITSKY, Horacio (1975), *Prensa y poder en Perú*. México: Extemporáneos.
- ZAROWSKY, Mariano (2010), “De la desmitificación de la historieta a la historia del mito: una genealogía de *Para leer al Pato Donald*”. Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional de Historietas Viñetas Serias, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.
- ____ (2011), *Del laboratorio chileno a la comunicación mundo. Ciencia, cultura y política en el itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires.